

amor vuelve la palabra á su Padre y le pide que los haga á todos sus escogidos una misma cosa con él, á la manera que él con su Padre eran una misma cosa entre sí. ¡Con cuánto ardor deseaba el momento de comenzar á padecer por nosotros! ¡Con qué arte contuvo, en cuanto era posible, los alivios que su divinidad podía proporcionarle en su pasión! ¡Con qué estudio ocultó todo cuanto pudiera haber mitigado el insaciable furor de sus enemigos! ¡Cómo fué apurando uno por uno todos los modos de padecer, é hizo que juntos se empujasen unos á otros, sin dejarle un momento siquiera de desahogo; amigos y enemigos, propios y extraños le niegan, le venden, le acusan, le burlan y le condenan. Su sabiduría es tratada de locura, su santidad de hipocresía, su doctrina de seducción, sus beneficios de engaños. Prisión cruelísima, atroces hofetadas y hurlas, azotes, corona de espinas, y sobre todo, desnudez vergonzosa y muerte de cruz, donde desgarrados los pies y las manos, desollado y ensangrentado todo su cuerpo, rotos sus delicados nervios; en medio de las más dolorosas convulsiones, dice que aun quiere padecer más por nuestro amor: amor incomprensible; ¡cuándo te conoceremos nosotros, para corresponderte á la manera que nos sea dable! Ni penséis que resucitado Jesús ame menos á los hombres que antes, ni que el nuevo estado de gloria haya entibiado su fina amistad. Él trata á sus apóstoles tan familiarmente como cuando vivía en carne mortal; come y bebe con ellos, les fortalece, les enseña, y al subir á los cielos se despide diciéndoles: «subo á mi Padre y al vuestro, á mi Dios y á vuestro Dios;» con lo que les asegura que son sus hermanos, que los reconoce y reconocerá como tales, todos hijos de un mismo Padre, hijos todos de un mismo Dios.

Tales y tan amables prendas formaron el carácter de Jesucristo, el carácter más amable que puede idear el entendimiento humano; y por lo tanto Jesús es el objeto más digno de todo nuestro amor. Sea, hermanos míos, el amor divino el que nos una con Cristo en esta vida para estar unidos con él algún día eternamente en la gloria. *Amén.*

JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Naturalmente ama el corazón humano, hermanos míos, lo que le causa placer y deleite: esto vemos hasta en los animales, á los cuales se lleva adonde se quiere con el atractivo del placer. Si muestras un ramo verde á una ovejita se viene tras de tí, dice San Agustín; si enseñas al niño en tu mano el dulce, corre presuroso á tus brazos; en una palabra, cuanto halaga nuestros sentidos deleitándonos, mueve dulcemente hacia sí nuestra voluntad. Y qué ¡por ventura el Autor de nuestra naturaleza habrá así ofrecido tantos placeres á los sentidos, para que guiasen al hombre en su conservación material y para su recreo, y no habrá reservado al alma, substancia superior al cuerpo, placeres de otra clase más alta, que le enseñen y conduzcan sin hacerla violencia hacia su verdadera felicidad? No vemos la verdad, la justicia, la bienaventuranza, la vida eterna; pero ¿hay hombre que no corra en pos de ellas, y no digo en pos de ellas, sino aun en pos de la sombra ó apariencia de cualquiera de ellas? Ni hay hombre que no las ame, ni hay cosas que más amen todos los hombres. Ni hay otro que reúna en sí tan amables prendas, y que sea la fuente, digámoslo así, y el manantial siempre puro y abundante de donde puedan correr hacia nosotros, sino Jesucristo. Es pues Jesucristo la cosa más amable: lo primero, por lo que es en sí; y lo segundo, por lo que es para nosotros.

Esta es la idea que vengo á exponeros. *Ave María.*

Aunque sea cosa la más alta y sublime, hermanos míos, el conocer lo que es Jesucristo, todavía podemos apreciar algo de su belleza por la hermosura de estas cosas sensibles. Jesucristo es el principio de

todas ellas, todas están en él, todas fueron criadas por él y para él, y él es el fin y la perfección, y como la gloria de todo el universo. Antes que existiera, estaba todo en Jesucristo como está la casa, ó la estatua, ó la pintura en el entendimiento del arquitecto, del escultor y del pintor; y al dar á luz todo lo criado, no hizo más que figurar como jugando, según la expresión de la Escritura, en la materia ruda é informe cuantas bellezas vemos en el cielo y sobre la tierra. Admirados los ángeles en la madrugada del mundo, cantaban himnos de alabanza dulcísimos á la sabiduría increada de cuyas manos veían salir esos soles eminentísimos y refulgentes que todavía no han alterado la inmensa carrera que entonces les señaló su mano; ya viéndole echar tan á nivel el plomo para fijar los cimientos de este globo, que no se ha desmentido ni una línea de su primer asiento; ya ciñendo esos mares con linderos insuperables, y oyendo de su boca aquel precepto: hasta aquí llegarás, sin pasar adelante; en esas playas se romperán tus hinchadas olas: *Usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos*; ya viendo esmaltar los prados con yerbas y flores, poblar los montes y valles con árboles que dan al hombre y á los animales recreo con sus aromas, alegría con sus colores, frescura con su sombra, alimento con sus frutos, y todo género de auxilios y medicinas con sus maderas y demás productos; ya en fin viéndole poblar el aire, las aguas y la tierra de tantas especies de animales, admirables por su variedad, por su estructura, por su industria y por sus destinos. ¡Cuánto embelesaría ver á un Apéles, á un Rafael, trazando con maestría y soltura en el mármol ó lienzo esas formas que después de tantos años ó siglos son la admiración y el pasmo de cuantos las contemplan! Pues ¿cuál sería el júbilo de los ángeles al contemplar á la sabiduría eterna, al Verbo de Dios, formando este universo?

El lo dijo, y todas las cosas tuvieron ser; él lo mandó, y todas las cosas salieron al imperio de su voz del abismo de la nada; con ellas fabricó este templo augusto, digno de su majestad y grandeza, que había de ser como carroza real donde había de habitar hecho hombre. Dícenos la santa Escritura en el libro de los Cantares, que el rey Salomón hizo para sí una litera ó carroza de cedro del Líbano, cuya cubierta estaba sostenida en columnas de plata, y el reclinatorio ó asiento era de oro, y las colgaduras de púrpura, y en medio puso el amor de las hijas de Jerusalén. Y ¿qué otra cosa es esta litera, sino este universo cuyo centro es el mismo, Jesucristo, que aquí se llama el amor de las almas? Donde así como todas las cosas sirven para ministerio del hombre, así el mismo hombre, y todos los hombres y án-

geles, sirven para el ministerio de Jesucristo. Así que, los cielos y astros fecundan la tierra, y la tierra produce las plantas, y las plantas mantienen á los animales, los animales sirven y obedecen al hombre, y el hombre, y el ángel, y todo lo criado rinde homenaje á Cristo. Los siglos que corren desde la creación hasta hoy, y los que han de correrse hasta la consumación de los tiempos, y la serie de los sucesos que ha visto y le queda que ver al mundo; la fundación y trastorno de los imperios; la exaltación y abatimiento de los soberbios; la prosperidad y el castigo de los malos; las persecuciones y los triunfos de los buenos; toda esa cadena de acontecimientos, al parecer desordenados ó casuales, forman con los armoniosos movimientos de las criaturas irracionales é insensibles un himno no interrumpido de gloria y alabanza que va de concierto con los que entonan desde el principio de su ser coros de innumerables espíritus purísimos en el cielo en obsequio de Cristo.

Por Jesucristo solo fueron criados los siglos, como dice San Pablo, y por eso se llama él mismo en el Apocalipsis *Alfa y Omega*, esto es, principio y fin de todas las cosas. Y si todas ellas quedaron en cierto modo desconcertadas, y como si dijéramos, sacadas de quicio y fuera de lugar por el primer pecado, por el cual, así como el hombre se rebeló contra Dios, así todas las demás criaturas se rebelaron contra el hombre, y las que le sirven diríase que lo hacen por pura fuerza, y sólo por la esperanza de verse libres de esta esclavitud en que las tiene el hombre pecador, haciéndolas tributarias de sus vanidades. Jesucristo, dice San Pablo, las ha de reconciliar todas por sí mismo, volviéndolas á su orden primero, y pacificando así toda esta lucha continua y trágica que las trae desasosegadas y miserables: *Pacificans sive que in terris, sive que in caelis sunt*. Por eso todas ellas, añade el Apóstol, gimen, y á manera de la mujer que está de parto, suspiran por el momento en que ha de manifestarse en toda la plenitud de su gloria Jesucristo. El cual, como un arquitecto sabio y poderoso, reformará su obra afeada por el pecado, volviéndole la gala primera y la hermosura con que salió de sus manos, cuando después de haber puesto bajo de sus pies á todos sus enemigos, después de vencido y ligado para siempre el demonio, y destruido el pecado y la muerte, entregue á su Padre el imperio tranquilo y absoluto de todas las cosas, para que ya sea Dios todo en todas y en cada una de ellas. Entonces serán aquellos cielos nuevos y tierra nueva que esperamos, según sus promesas; y formará el mundo aquella santa ciudad de Jerusalén, que ya vió San Juan tan adornada y bella como esposa en el día de las bodas, templo del Cor-

dero, que es Jesucristo, donde habitará para siempre con sus escogidos.

Mas á pesar de estas grandes y hermosas imágenes que nos ofrecen los libros santos, para hacernos formar idea de la amabilidad de Jesucristo, considerado como Dios y Verbo del Padre, nuestro entendimiento apenas divisa algunos débiles reflejos de tanta grandeza, y por eso para arrebatar con más fuerza nuestro corazón á su amor, quiso hacerse hombre, presentándose á nuestros sentidos, bajo el velo de nuestra naturaleza, como el hombre más amable entre todos los hijos de los hombres, Y á la verdad, no tratando ahora de otras muchas prendas que hicieron amable á este Dios hombre, su carácter solo, cual nos le pintan sus discípulos y el mismo Jesús, lo hace amable sobremanera; ni puede leerse su vida sin quedar dulcemente enamorado de él. Aprended, decía á sus discípulos, de mí, que soy manso y humilde de corazón. Era el tesoro de la sabiduría de Dios, tenía en sus manos la omnipotencia de su Padre, y si hubiera querido, hubiera hecho callar á todos sus enemigos, se habría hecho obedecer de todas las criaturas, y á su presencia habría hecho huir el cielo y la tierra; pero el que hizo caer en tierra con un solo *Yo soy* á los soldados del huerto; el que mandó á los vientos y al mar que callasen, y callaron; aquel en cuya muerte se cubrieron de luto los cielos, y el mundo entero se quejó de quebranto, fué un hombre manso y humilde de corazón. Ya habia dicho Isaías de él, que no sería vocinglero, adusto ni turbulento, que no troncharía la caña cascada ni apagaría la estopa humeante, para darnos á entender la suavidad y dulzura de su carácter manso y humilde de corazón: de corazón, y no de palabra; de corazón, y no con hipocresía ni con estudio, sino natural y sencillamente. ¿No lo acreditó así con sus obras? Sería necesario referirlas todas para manifestar de lleno esta verdad. Escojamos algunos de aquellos rasgos más decisivos. Veisle ahí, reprimiendo á sus discípulos porque separaban de su presencia á los pequeñuelos; él los llama, los acaricia en sus brazos, y los bendice y propone como modelos en su divina escuela. Veisle confundiendo con alta soberanía á los delatores de la mujer adúltera, y despidiendo á ésta libre y absuelta de su pecado. Veisle disculpando y llenando de elogios á la Magdalena en presencia de los que la despreciaban. Veisle dar muestras del patriotismo más ardiente y de la más fina amistad, en aquellas lágrimas tiernísimas con que lloró la suerte desgraciada de Jerusalén y de su nación, y en el llanto con que acompañaba á Marta y María, en el duelo de Lázaro difunto, á quien iba á resucitar. Veisle con qué mansedumbre tan inalterable sufre las ne-

cedades de sus discípulos, acalla sus disputas, convida con el perdón á Judas, reprime las prontitudes de Pedro, lo levanta, con una mirada penetrante, de su caída, y disculpa á veces sus defectos atribuyéndolos á debilidad y flaqueza. Pero lo que lo hace más amable todavía, si es posible, es como conserva este mismo carácter de mansedumbre y humildad aun después de su resurrección: ¿qué no hizo entonces con Tomás, qué con Pedro, qué con la Magdalena? Mas ¿adónde voy? Perdonad, amados hermanos míos: ¿quién podrá contenerse hablando de la amabilidad de Jesucristo? ¡Ay de mí! que aún no he dicho nada, aún no he empezado á hablar del amable Jesús! Permittedme que añada siquiera algunas palabras para indicaros cuán amable es Jesucristo por lo que es para nosotros motivo todavía más poderoso para ganar nuestro corazón.

Amamos al que nos ama, y cuando sus nobles prendas han cautivado ya nuestra voluntad, si añade á su mérito un amor constante, tierno y fecundo sobremanera en colmarlos de bienes, no hay resistencia á tan dulces cadenas, ni tenemos más gusto que en énsanchar nuestro corazón para amar más á quien, sobre merecer ser amado, nos ama con tanta vehemencia y verdad. Y ¿quién nos amó más que Cristo? Su encarnación, su nacimiento, su vida, su muerte, su resurrección y su empleo de abogado nuestro á la diestra del Padre, todas son muestras de su amor á nosotros, y de amor sin medida. ¿Quién es capaz de comprender esta caridad de Jesucristo sin límites, su anchura, que se extiende á todos los hombres, su longitud con que abraza todos los siglos y generaciones, su altura sublime que alcanza hasta Dios, y la profunda intención y fuerza de este amor veheméntísimo? Pastor bueno del género humano, da su vida por sus ovejas, y las apacienta con su carne y su sangre, siendo su pastor y su pasto de ellas y su suerte bienaventurada. Como al fin de sus días, estando próximo á volver á su Padre, es cuando más le aqueja este amor, contemplémosle siquiera de paso ahora, aunque no debíamos perderle de vista jamás, en el Cenáculo y en la cruz. Allí, en el tierno lance de despedirse de los hombres, ¿de qué rodeos no usa para darles la triste nueva de que los va á dejar? ¿Cómo mitiga su pena, y los consuela con la promesa del Espíritu Santo, asegurándoles que sólo se anticipa á ellos para prepararles las mansiones que han de habitar en casa de su Padre! que no los dejará huérfanos, que volverá á ellos, y su gozo será colmado! Y los llama amigos, no siervos, y les encarga como único legado digno de su divino corazón, que se amen unos á otros como él los ha amado á ellos. ¿No habéis visto alguna vez á la madre cariñosa, que al salir de su casa, detenida por el

llanto de sus hijitos, vuelve adentro, los abraza y los besa para acallarlos, y como engañándolos se vuelve a salir, oye el llanto de nuevo, y luchando en su corazón el amor de madre con la obligación de salir de casa, no sabe qué hacerse, y a toda costa toma el niño en sus brazos, y lo lleva consigo para componer aquellos dos extremos? Pues eso es lo que al cabo viene a hacer Jesucristo: sale de este mundo, y se queda entre nosotros sacramentado, reuniendo así cuanto él deseaba, con cuanto nosotros apreciámos y habíamos menester. Arrebatado, al fin, en un éxtasis de amor á los hombres, se vuelve á su Padre, y le dice de esta manera: «Estos mis discípulos, que me entregaste, se quedan en el mundo, y yo vuelvo á vos; Padre santo, guardalos en tu nombre, porque les va á faltar la presencia corporal mia, que los ha guardado hasta aquí: no os pido solamente por éstos, sino por todos los que han de creer en mí por su predicación; te pido, que todos sean una misma cosa como tú, Padre mio, estás en mí y yo en ti, que así ellos sean en ti y en mí una misma cosa; de modo que yo habite en ellos y vos en mí, reduciéndolos así á todos á la más perfecta unión y más apretado vínculo de amor.» Permitidme, Señor, que os pregunte; ¿qué hacéis? ¿qué es lo que pedis? ¿adónde os lleva vuestro amor á los hombres? Parece que solicitáis para nosotros una unión tan íntima con vuestro Padre como la vuestra, que es unidad de esencia y naturaleza divina. Queréis que seamos nosotros todo lo que sois vos, y parece que si así no lo hacéis, es porque no lo podemos ser; ponéis á vuestros escogidos en unión más estrecha que á los ángeles con vos mismo, para manifestarnos que vuestro amor al hombre es superior á todos vuestros demás amores.

Y ¿qué os podré decir del amor que nos manifiesta clavado en el madero santo de la cruz? Dejando aparte su desnudez, su corona de espinas, aquella cabeza inclinada, los brazos abiertos y el pecho roto para que por aquella abertura podamos llegar hasta su corazón, traigamos sólo á la memoria algunas de las divinas palabras en que manifestó la disposición de su espíritu en aquel horroroso patíbulo. Asistían al suplicio, como canes rabiosos, sus acusadores crueles, y holgábanse con inhumanidad inaudita de ver satisfecha su infernal venganza; y para darle á beber hasta las heces amargas de su envidia, se burlaban de él y lo insultaban cruelmente en medio de los acerbos tormentos y de la mortal agonía de su alma. Pero Jesús, superior á los sentimientos de dolor que padecía su espíritu y su cuerpo, levanta los ojos al cielo, y dice á su eterno Padre: «¡Perdónalos, porque no saben lo que se hacen!» ¡Oh caridad inmensa de Cristo! ¡No era bastante la paciencia que nos enseñabas con tu silencio, sino que tam-

bién vais á disculpar con la ignorancia el mayor delito que ha cometido la malicia más consumada! ¿Así queréis atar las manos á la justicia de vuestro Padre, para que no castiguen el terrible deicidio que cometen tus enemigos? Está bien que no tomaseis vos la venganza; pero ¿estorbar que la tome el Señor á quien le corresponde, y que debe tomarla! Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Confíemos los pecadores, pues nos disculpa y ha pedido el perdón para nosotros el mismo Jesús á quien crucificamos; oíd cómo corresponde al buen ladrón que le pide se acuerde de él en su reino: en verdad, le dice, hoy estarás conmigo en el Paraíso; ¡qué súplica y cuán consoladora respuesta! A una sola mirada, á un memorial tan corto y tan sencillo como éste: acordaos de mí, pronunciado en los últimos momentos de la vida del ladrón penitente, Jesucristo no sabe negarse, y ni le dilata, ni le dificulta, ni le pondera la gracia que le hace: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

¿Y habrá corazón, que no se mueva á amar á quien nos amó tanto? No, hermanos míos, pues así como en las cosas materiales, las que tienen mayor fuerza atraen á sí todas las demás, del mismo modo en los espíritus, el que es más amable atrae á sí las voluntades de todos. Atráenos tú mismo, Jesús, en pos de ti y correremos todos al olor de tus aromas á fin de que nuestra alma quede como embriagada en tu divino amor. *Amén.*

JESÚS EL AMADO POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.
Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Es cosa digna de lástima, amados hermanos míos, la ignorancia desidiaosa en que viven la mayor parte de los fieles en orden á la religión que profesamos en el bautismo, y aun si entrásemos á investi-

gar lo que saben los pocos que creen saber nuestra religión sacrosanta, ¡a qué tristes reflexiones daría lugar esto, hermanos míos!

Hallaríamos entonces en vez de aquel sistema ó cuerpo de doctrina grande, sublime, hermoso y consolador, un esqueleto árido, desnudo, más propio para entretener los entendimientos con discursos sutiles é impertinentes, que para llenar el corazón de admiración y gozo, de confianza y consuelo, de paz y tranquilidad. Hallaríamos una moral contenciosa, embrollada, desnuda de toda unción, sustituida á la santa, pura y dulce moral del Evangelio. Hallaríamos la religión reducida en gran parte á prácticas de devoción reciente y á otras menudencias que, aun cuando puedan conducir en algo á la salvación eterna, son y deben mirarse como secundarias y accidentales. Sí, hermanos míos, vemos, por desgracia, olvidado enteramente ó estudiado muy por encima el gran misterio de Jesucristo, que es el alma de toda la religión, de manera que, en cierto modo, puede decirse, lo que el Bautista decía á los judíos hablando de este Señor: que le tenemos en medio de nosotros sin conocerle. Hoy, pues, que el Evangelio nos presenta ocasión para tratar de Jesucristo, he querido aprovecharla á fin de remediar en lo que pudiere el mal que resulta de esta ignorancia. La voz del Eterno Padre nos da á conocer á Jesucristo, declarando que es su Hijo, y su Hijo muy amado, y nos convida á estudiar este su divino Hijo. Mas como es tanto lo que hay que saber acerca de Jesús, y solamente puedo decirnos una parte muy pequeña, habré de concretarme á explicaros cómo aquel Jesús, amable, ha sido y será siempre el amado por excelencia. *Ave María.*

Si repartimos los tiempos, hermanos míos, en tres épocas principales, hallaremos que Jesucristo es amado en todas perfectísima y universalmente. La primera es la que corrió desde la creación del mundo hasta su venida; la segunda, desde esta venida hasta la consumación de los siglos; y la tercera, desde la segunda venida de Jesucristo en majestad y gloria, por toda la eternidad sin término. En la primera de estas tres épocas apenas, envuelto el género humano en la proscripción de nuestros primeros padres, tuvo tiempo para conocer la espantosa miseria á que se veía condenado; oyeron los hombres la promesa de un Redentor que había de reparar su caída y aun mirándolo tan de lejos, comenzó á ser Cristo el objeto de los deseos y de las esperanzas de todos los que tuvieron por espacio de cuatro mil años noticia de aquella promesa consoladora. Así llamaba el santo anciano Jacob á Cristo: Deseo de los collados eternos, cuando bendecía á sus hijos en el lecho de su descanso, y el profeta Mala-

quias hablando del nuevo templo fabricado después de la vuelta de Babilonia en Jerusalén, que había de santificar Jesucristo con su corporal presencia, llama á este Señor: Deseado de todas las gentes, y por donde quiera que abramos los libros del Testamento antiguo, encontraremos suspiros encendidos y fervorosos clamores de los patriarcas y profetas que confirman esta verdad. Todos los reunió Salomón en el libro sagrado de los Cantares, donde habla de la Iglesia de aquellos tiempos, y significa de mil maneras finisimas el ansia con que deseaba la venida de Jesucristo, bajo la metáfora de la esposa que convida á su esposo para el día de sus desposorios; y lo que es más de maravillar en este amoroso deseo es su larguísima duración sin aminorarse ni entibiarse, antes por el contrario, creciendo más de día en día á medida que se iba acercando la época de nuestra redención. Al morir los patriarcas antiguos dejaban por herencia á sus hijos este amor y deseo, que ellos no lograron ver satisfecho en sus larguísimas vidas, y éstos los transmitían á sus nietos, yendo así creciendo de generación en generación, sin que el verse privados del cumplimiento de estos deseos fuese causa para que se cansasen de desearle. Pero ¿á quién deseaban? ¿Cuál era el objeto de tan dilatado y tan constante amor? ¿Habrían ellos visto á este amado y deseado de tantos y por tantos siglos? Eran sólo unas figuras muy distantes de la realidad, unas sombras muy oscuras las que tenían presentes, unas promesas que no determinaban tiempo seguro, é iban envueltas en mil metáforas y ambigüedades para aumentar el mérito de su fe, de su esperanza y de su amor. Los ritos y ceremonias de la religión judaica, y las palabras de los profetas, eran toda la idea que tuvieron aquellos encendidos amantes de Jesucristo; y este conocimiento aunque tan imperfecto, aunque tan confuso, bastó para encender tanto fuego de amor en sus pechos como se descubre en sus tiernas palabras, desde las que pronunció Jacob al morir diciendo: Esperaré á tu Salvador, oh Dios mío; hasta las que recibíendole en sus brazos, profirió lleno de gozo el santo Simeón: Ahora dejad que descansé ya en paz este siervo tuyo, porque han visto mis ojos á tu Salvador.

Sin haberle visto amó así á Cristo la Iglesia desde Adán hasta su venida, y este amor creció sobremanera habiéndole recibido en su seno, y se conserva y crece en ella sólo por la fe hasta el fin de los tiempos. Prendió desde su nacimiento en los simples pastores y en los reyes magos este fuego sagrado de su amor, que vino á encender en la tierra y se propagó con tanta vehemencia y velocidad, que muy pronto estaba abrasando corazones por todos los ángulos del mundo. Las turbas que le oyeron en el desierto, se le iban los días como ho-

ras, sin sentir la necesidad del alimento; y cuando quiso probar el afecto de sus discípulos dándoles libertad para que le dejasen, embelados ellos de su amable trato: Señor, le respondieron, y ¿a quién buscaremos dejándote a ti, que tienes palabras de vida eterna? Desde sus tiernos años se hizo amar, en el templo, de los doctores que, pendientes de los labios de aquel Niño admirable, oían suspensos la doctrina celestial que les enseñaba. Confesaban que jamás se oyó hombre que hablase como él. Todas las maquinaciones de sus enemigos no podían estorbar que los pueblos enteros, que todo el mundo corriese en su seguimiento enamorados de sus palabras y de toda su conducta amabilísima. Y así dejaron a pesar suyo estampado aquel testimonio indudable del amor que los hombres no fascinados profesaban á Cristo: Todo el mundo se va tras él: *Ecoe totus mundus post eum vadit*. Hasta en los días mismos de su pasión, cuando más se cebó el odio de sus enemigos en él, sobrepujo el amor de sus discípulos á todos los temores humanos; su madre y su amado discípulo Juan le acompañan hasta el Calvario, otros lo bajan de la cruz, y embalsamado lo colocan en un sepulcro nuevo; allí le buscan y le lloran las mujeres devotas, y el corazón de los discípulos de Emaús arde en amor santo oyéndole hablar, aunque sin conocerle, por el camino. Pues, ¿y cuánto no creció el amor de Jesús en la Iglesia con la venida del Espíritu Santo? Tanto abrasó los corazones de los apóstoles, que deponiendo la timidez que los había detenido hasta entonces, salen del Cenáculo á predicar animosos al pueblo á Jesucristo crucificado, y se llenan de gozo cuando merecen sufrir contumelias por el nombre de su maestro. La invencible paciencia de los mártires, el celo infatigable de los pastores, la austeridad y el tesón de la penitencia en los confesores, y la casta pureza de las vírgenes que por espacio de diez y ocho siglos han hermoseado y hermosearán el jardín de la Iglesia hasta el fin, ¿qué otra cosa son sino efectos todos del amor de estas almas á Jesucristo? De ellas cantaba ya el profeta David: que conducidas de la mano por su madre la Iglesia, serían presentadas al rey Jesucristo en su templo santo, enamoradas de su hermosura, rebosando júbilo y alegría: *Afferentur in letitia et exultatione*. ¿Y qué aguas de persecuciones ni de contradicciones podrán apagar jamás este fuego, que arderá perpetuamente en la Iglesia hasta la consumación de los siglos? Cuantas tempestades se suscitaran contra él, no harán más que purificarlo y encenderlo más. Podrá reconcentrarse y aun desaparecer por alguna parte; pero así reconcentrado y oculto, se hará más activo y más fuerte: *Aque multa non poterunt extinguere charitatem*.

Sin embargo, llegará el día que arderá el fuego del amor á Jesucristo, puro, sin contradicción, cuando colocados con él sus escogidos á la diestra de su Padre reine por amor en los corazones de todos ellos; amor que no padecerá alteración alguna, y que como llama siempre viva, subirá de todas las mansiones del cielo, para reunirse en el pecho de Jesucristo. ¿No habéis visto cómo se reúnen los rayos del sol por medio de un espejo, y juntos en su centro abrasan los cuerpos, y hacen subir hasta el sol, de donde salieron, la llama que han encendido con su ardiente calor? Pues así, del mismo seno de la Divinidad saldrán en la bienaventuranza rayos de caridad ardentísima, que inflamarán los pechos de los santos en el amor puro de Jesucristo, adonde reuniéndose todos aquellos castos amores, formarán el amor infinito con que debe Dios ser amado, porque aquel solo es amor digno de él. Así, por Jesucristo y con Jesucristo y en Jesucristo se dará toda gloria, y amor y alabanza al Padre y al Espíritu Santo por todos los siglos. Pero sobre todos estos amores amará el Padre al Verbo encarnado con un amor tan vivo, tan dulce y tan infinito como el mismo Dios. ¿Quién será capaz de explicar la fuerza y la dulzura y la inmensidad de este amor, con que ama el Padre al Hijo en quien tiene todas sus complacencias? ¿Y qué lengua podrá decir cuales son estas complacencias, que el amor del Padre á su Hijo y de éste á su Padre produce entre estas dos Personas de la naturaleza divina? De este amor reciproco procede el Espíritu Santo, que es el lazo substancial que une á las dos, y con estas dos Personas divinas forma la beatísima é inefable Trinidad. ¡Oh misterio de amor incomprensible, más bien para contemplado en el cielo, que para ser explicado en la tierra!

Así Cristo fué amado desde la eternidad, es amado en todos los siglos, y lo será mientras Dios fuere Dios: *Jesus Christus hert et hodie, et in secula*. Los ángeles y los justos del Testamento antiguo esperando su venida la desearon con vivísimas ansias, y le amaron desde el principio del mundo: *Quem cum non videritis diligitis*. Y cuando se corra el velo misterioso de esta fe que ahora nos lo oculta, viéndole cara á cara en el cielo, le amará con gozo inexplicable todo el cuerpo de sus escogidos por una eternidad: *Credientes autem exultabitis letitia inenarrabili, et glorificata*.

Pero no me es posible acabar, sin decir algo de las cualidades preciosas de este amor con que Jesucristo es amado, de su constancia, de su pureza, de su fuerza y de su dulzura. Como los amores terrenos se fundan en las prendas del sujeto amado, y éstas ni duran siempre, ni son inalterables, tiene también el amor sus quiebras, y tiene su

fin; pero las prendas que nos hacen amable á Jesucristo siempre son las mismas, y por eso su amor es tan invariable y tan constante como él mismo. En la flor de la edad y en los años de la senectud, cuando nos halagan risueños los bienes del mundo, y en la adversidad, y en la enfermedad, y en la muerte, siempre le aman sus escogidos, porque le hallan cada día más amable. Buena prueba es de esta verdad el santo Policarpo mártir, á quien queriendo persuadir el tirano á que sacrificase á los ídolos, le respondió: Ochenta años hace que amo y sirvo á mi Señor Jesucristo, sin que en este tiempo me haya dado el más leve motivo para serle infiel, y ahora ¿cómo he de abandonarle al fin de mis días? Pues, ¿qué diremos de la pureza de este amor santo? ¿Qué bien la descifraba aquella enamorada doncellita, la santa virgen y mártir Inés, cuando intrépida le decía al tirano, que queria atraerla á su amor: Amó á mi Señor Jesucristo que me va á recibir por esposa, cuya madre es Virgen purísima, cuyo Padre no ha conocido hembra, cuya voz dulcísima resuena ya en mis oídos, cuya hermosura encantadora admiran el sol y la luna, á quien amándole seré casta, y tocándole seré pura, y recibéndole por mi esposo quedaré virgen inmaculada! Hame puesto una señal en mi rostro, para que no admita otro amante que á él. He recibido las arras de su fidelidad, y me ha adornado con joyas y precesas de inestimable valor. De sus dulces labios ha destilado leche y miel en mi corazón, y su sangre ha encendido ya mis mejillas. Á él solo me consagro, á él solo me encomiendo con la más tierna devoción. Tales son los castos requiebros con que explican su puro amor los amantes de Jesucristo. Ellos acometen las más dificultosas empresas, siguen las sendas más ásperas, abrazan las privaciones más molestas, sufren con alegría los trabajos más crudos, arrostran imperturbables los tormentos, y corren al martirio con la serenidad que á un convite, por obedecer á la voz de su amado: *Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras.* ¿Quién no admira la fuerza vehemente de este amor santo en un San Pablo, cuando le vemos prorumpir en aquellas expresiones valientes: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación ó la angustia? ¿el hambre ó la desnudeza? ¿los peligros ó la persecución? ¿la espada misma de los tiranos? Todo esto nada vale: todos estos males los vencemos por amor de aquel que nos amó tanto. Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni fuerza, ni poder, ni criatura alguna podrá separarnos de la caridad con que amamos á Dios por nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente, cuanta sea la dulzura de este amor á Jesucristo, se echa bien de ver en aquellos santos anacoretas, que apartados del

mundo, privados de todos los placeres de los sentidos, guardaron toda su vida un tesón de la más austera penitencia, negados enteramente á los deseos de su voluntad, sin tener en sus soledades otro objeto que llenara su corazón y supliese por todos los demás, que el amor de Jesucristo. En medio de una vida, que causaría horror al hombre mundano, los vemos alegres, contentos, tranquilos, sin fanatismo y sin ilusión. Decídme: ¿qué dulce no será aquel amor que fija en ellos la inconstancia de su voluntad, que llena y satisface todos sus deseos, que les hace despreciable todo cuanto nosotros idolatramos? ¿Cambiarían ellos las dulzuras de su retiro por el bullicio de nuestra sociedad? Todavía me detendría gustoso á demostraros la diferencia del filósofo solitario, ó del anacoreta fanático, al tierno amante de Jesucristo, que por entregarse á su amor del todo huye al desierto y se niega al trato del mundo; pero ya es tiempo de recoger las velas al discurso, y acercarnos á pedir á Cristo nos haga participantes de este amor que tanto él se merece, y que hace felices á los que lo poseen.

Porque es así, Señor, que vos hacéis á los hombres enamorados de vuestra hermosura. Nos mandas que os amemos, dadnos ese amor que nos mandas, y mandadnos lo que quisieréis. Haced que desaparezcan á nuestros ojos esas vanas hermosuras del mundo, que hechizan miserablemente nuestra razón; iluminad nuestros entendimientos para que os conozcamos, y por imperfecto que sea el conocimiento que nos deis de vuestra belleza, nuestra voluntad os amará, y os amará mucho. Llévanos á ti, y corremos en pos de la fragancia de tus olores. Despreciando todo cuanto hasta ahora ha ocupado nuestro corazón sin saciarlo, hallaremos en ti todo cuanto podemos apetecer, y todo cuanto puede llenar nuestra voluntad, porque tú eres la verdad infalible, la justicia inalterable, la felicidad suma, y la bienaventuranza eterna, que deseamos, y que esperamos conseguir por tus merecimientos, ¡oh Cristo amable y amado! que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. *Amén.*

JESÚS EL AMADO POR EXCELENCIA

Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.

Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Grande es sin duda, hermanos míos, entre los fieles, la ignorancia en lo que atañe á la religión santa, puesto que descuidamos el estudio del gran misterio de Jesucristo, que es el alma de toda la religión; descuido, á la verdad, sumamente perjudicial, porque si nuestra vida eterna, nuestra felicidad y toda nuestra gloria, consiste en conocer á Jesucristo, forzosamente nuestra vida sobrenatural será muy enfermiza y endeble, muy expuesta á perecer del todo por el pecado, siendo tan ligero y superficial el conocimiento que tenemos de Jesucristo. Si San Pablo reduce toda la religión que se debe saber y predicar á entender lo que es Jesucristo, ¡qué religión sabremos nosotros cuando tan poco sabemos de nuestro Redentor! Nos hallamos, ciertamente, en el caso de aquellos hebreos á quienes escribía el santo Apóstol; que debiendo ser maestros, según el tiempo, por haber tenido en sus manos las santas Escrituras, donde pudieran haber aprendido á conocer á Jesucristo, no sólo no le conocían, sino que eran incapaces de oír y de entender toda doctrina sublime, superior á los primeros elementos de la ciencia del Salvador. Procuremos hoy, hermanos míos, con motivo de las enseñanzas del Evangelio, remediar tan gravísimo daño. Escuchemos la voz del Eterno Padre que nos da á conocer á Jesucristo, declarándole su Hijo amado, en quien tiene sus complacencias.

En otra ocasión os manifesté (1) cómo Jesucristo es el amable por excelencia y que tiene derecho á ser amado sobre todas las cosas. Hablemos hoy del hecho: Jesucristo ha sido y es amado en todos

(1) Véanse los sermones de la amabilidad de Jesucristo.

los tiempos; Jesucristo es amado por todas las criaturas; Jesucristo es amado con amor más perfecto que ninguna de ellas, y por eso, es el amado por excelencia. *Ave María.*

Jesús es el mismo ayer que hoy, y el mismo, hermanos míos, por todos los siglos, decía el Apóstol, dando á entender en estas palabras, que así como fué el deseo y la dulce esperanza de los patriarcas y profetas de la ley natural y de la ley escrita, así es el embeleso y la admiración de los justos de la ley de gracia, y será todo el amor y la felicidad de los bienaventurados en la gloria. Abraham, Isaac y Jacob lo miraron de lejos, y suspiraron por su venida; los profetas la anunciaron llenos de ardorosos deseos, y todo aquel coro de padres gemían con repetidos clamores por que se acelerase su nacimiento, como la mujer que está de parto vocea y suspira para dar á luz el deseado fruto de sus entrañas. Es menester oír aquellos varones de fe y de deseos, para conocer hasta qué punto prendió en sus corazones el amor á Jesús. Y lo más particular en este negocio es, que amaban así al que no habían visto ni conocido, sino sólo en unas sombras y figuras muy imperfectas, sumamente distantes de la realidad; y que retardándose tanto el deseado de todos los siglos, no por eso se entibaban los deseos y amores de aquellos justos, antes iban creciendo de edad en edad y de generación en generación, por el dilatado espacio de cuatro mil años; hasta que por el tiempo de su venida llegaron á lo sumo en su Madre santísima, en el sacerdote Zacarías, en el anciano Simeón, como se echa de ver en sus divinos cánticos. Apenas nace el Salvador, cuando atrae á sí los pastores y magos; apenas se presenta al mundo, cuando enamorados de sus palabras y atraídos por su carácter éstos dejan las redes, el otro su oficina; las gentes, hasta cinco y á las veces siete mil personas, le siguen días enteros por el desierto olvidadas de sus hogares, le rodean por todas partes hasta precisarlo á embarcarse, y rompen los techos de las habitaciones para presentarle los enfermos. Ni con la muerte ignominiosa de Jesús cesa de ser amado; antes desde su resurrección se empieza á establecer la Iglesia esposa suya, cuyos amores á su divino Esposo vencen todas las expresiones. Es sin número la muchedumbre de amantes de Jesús, que esta esposa encierra en su seno. Mártires que derramaron por su amor su sangre gloriosa; pontífices, que trabajaron por su amor en el gobierno y defensa de su Iglesia; anacoretas, que despreciaron por su amor al mundo y sus halagos; vírgenes, que renunciaron por su amor todos los amores; justos, que vivieron por su amor como peregrinos en este siglo; todos, sin tener otro objeto que á su Jesús, y que para

ganarle, miraban como polvo todo lo que no era su dulce Amado. Tales los vieron los siglos todos del cristianismo; tales existen aún en nuestros días; tales los habrá hasta la consumación de los siglos, hasta que completo el número de los amantes de Jesús, cese el siglo presente y comience el reino del amor puro y eterno, siendo allí Jesús por toda la eternidad el único amado de los santos, como lo fué de los ángeles desde el momento en que fueron criados. ¡Oh amor siempre antiguo y siempre nuevo, que siempre sacias y nunca hartas! ¿por qué no empleamos en ti todo nuestro corazón cansado de mudar de objetos, para no apurarse del fastidio que causa cuanto no soís vos mismo?

Vos, objeto solo del amor de todas las cosas, aun de aquellas que carecen de vida y de sentimiento; porque toda esta gran máquina del universo ¿qué otra cosa es sino el augusto y sublime templo de la divinidad, en el que Jesús recibe el homenaje de todas las criaturas, para ofrecerlo como único sacerdote digno á su Padre eterno? Y así como en el templo todas las partes dicen unas con otras, y como que todas miran y están inclinadas hacia un punto común, que es el centro en donde está el altar y el santuario, así en el universo todas sus partes, á su modo, miran amorosamente al santuario de este templo, que es Jesucristo, y esto llamo yo amarlo á su manera cada cual: así le ama el sol y la luna y la resplandeciente estrella de la mañana, con las otras innumerables, y los mares y ríos, y los montes y valles, y las plantas y flores, y los peces bulliciosos en las aguas, y las pintadas y armoniosas aves del aire y todos cuantos animales andaban sobre la tierra. Esta es aquella gran litera del amado y pacífico Salomón, construida de los cedros del Libano, cuyas columnas eran de plata, y los brazos de la silla de oro, y el asiento de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Jerusalén, que es el mismo Jesús. Y si de este templo de la naturaleza levantamos la vista al de la gloria, que es aquella Jerusalén celestial que vió Juan el Evangelista, hallaremos allí al cordero Jesús en el medio, recibiendo alabanzas de todos los ángeles y bienaventurados; y á todos empleados en amarlo deliciosamente con amor inalterable y eterno. Y cuando llegare el fin de los siglos, y todas las cosas tomanen, digamos, su asiento y lugar, porque ahora están en cierta manera violentas, entonces de acuerdo la gloria y la tierra, criaturas visibles é invisibles, todas atraídas por la belleza infinita, por la grandeza y majestad de aquel amado Jesús, por quien y para quien habían sido criadas, le amarán y le alabarán, y en amarle estará todo su bien y su perpetua felicidad. Por manera que los mismos condenados infelicitísimos, cono-

ciendo cuán amable es aquel Jesús, á quien ellos no quisieron amar, se despedazarán furiosos, porque es pasado ya el tiempo en que podían amarle, y ahora no hay para ellos más que odio y eterna desesperación. Es así que como en lo visible dicen que el sol, puesto en el centro del mundo, atrae para sí la tierra y planetas, que todos giran en derredor de él, y en esta atracción, á que obedecen todos los cuerpos, consiste el mantenimiento de toda esta máquina y de todas sus partes, su armonía y buen orden de ellas, y la belleza y gallardía suyas incomparables; así abrazando de una ojeada todo lo que existe, es Jesús el centro común de todas las cosas, que atrae hacia sí toda la creación, cada cosa á su modo, con suavidad y fuerza muy peregrinas, de suerte que ellas todas le van mirando y le siguen embelesadas dulcemente, en lo que va todo el ser y toda la hermosura de ellas y del universo también.

Pero, sin profundizar más en esto, porque podría otro tiempo y otra lengua, digamos por último de la naturaleza del amor con que es amado Jesús, y cuanto es más perfecto que los demás amores. Está impresa, como quiera que sea, en nuestras almas una inclinación irresistible que nos lleva á lo bello y á lo perfecto por medio de uno que llamaremos movimiento, porque no hay cómo llamarle, y es el amor, inclinación la más dulce y graciosa que hay en el hombre. Este amor crece y es más fuerte á proporción de la mayor belleza y perfección del objeto amado, y á medida que el mismo objeto nos ama más; en Jesús concurren estas circunstancias en el más alto grado, y de consiguiente el amor con que es amado de los suyos es el más grande, el más fuerte que puede imaginarse. Porque si atendemos á su perfección y belleza, ¿cuál podrá igualar á la suya, siendo él el Artífice de todas las bellezas criadas, y el original de todas las gracias, y el espejo en donde mirando su Padre sacó á luz cuanto agrada á la vista, y cuanto hermosa la máquina inmensa del universo? Y es también la perfección misma ó todas las perfecciones que pueden amarse por el corazón de los hombres; es la verdad que aman los sabios, y la justicia que veneran los buenos, la bienaventuranza que tanto se busca, y la vida eterna para siempre feliz, objeto de los deseos del género humano. Pues si de aquí pasamos al modo con que este amado corresponde á nuestro amor, es la más fina correspondencia que jamás pudo hallarse; porque antes de que le amemos nos ama, y volviéndole las espaldas nos busca, y en nuestras largas ingratitudes nos sufre y espera, y nos llama otra vez cariñoso, y nos recibe de nuevo en el seno de su antiguo amor; y es tal este amor que ni el tiempo lo entibia, ni las vicisitudes de la vida lo mudan ni alteran,

ni los trabajos que por él se pasan lo debilitan, ni la edad lo envejece, ni la muerte lo acaba; antes, del sepulcro mismo nace más activo y más dulce para no acabarse jamás. Id ahora vosotros en hora buena, y amad esas bellezas, esas cosas que os hechizan y encantan; amadlas si acaso encontráis en ellas este mérito, esta correspondencia de Jesús; amadlas si encontráis en ellas más que una hermosa sumamente frágil y deleznable, más propia para excitar movimientos sensibles, que para satisfacer la razón; unas perfecciones más bien fingidas por vuestra pasión, que existentes y verdaderas; y á vueltas de estas perfecciones, que suponéis, defectos sin cuento, genialidades, inepcias, orgullo insufrible, intolerables celos, veleidad, ingratiudes, desaires, infidelidad. Amadlas, infelices, que Jesús tiene quien le ame del modo que lo debe ser, y como él se merece; amantes suyos fieles y firmes á toda prueba en su amor; amantes tan embelesados con él, que ni sienten el fuego, ni el hierro, ni la misma muerte, embriagados del amor de Jesús; amantes siempre hambrientos de amarle más; porque, mientras más lo contemplan, le hallan cada vez más amable, ven en él nuevas perfecciones, y en las angustias, que ya conocían, nuevos quilates que no habían conocido hasta ahora; y viéndose así amados por un Dios hombre tan hermoso y perfecto, se ennoblecen sobremanera y se engrandecen y elevan con un orgullo santo que las sobrepone á todo lo corruptible y criado. Y en verdad que con justa razón, porque si Jesús me buscó pecador, y cuando aún lo era derramó toda su sangre por mí, muriendo por el amor que me tenía, y ahora me llama hijo suyo y su hermano, y me busca y me da su carne y su sangre, y por mí pide incesantemente á su Padre en el cielo, manifestándole abiertas todavía las llagas que le hicieron mis culpas, y llamándose á boca llena mi abogado y protector, que ha subido delante para prepararnos lugar en su reino; cuando todo esto miro, ¿con qué ojos podré ya mirar todo lo que no es el amado Jesús? Pero sobre todo es amado Jesús de su Padre, y amado con un amor cual él se merece, con un amor eterno, inmenso, substancial, que produce la tercera Persona, al Espíritu Santo, por un modo absolutamente incomprensible á nuestra razón. Yo no hallo palabras para explicar esto que no entiendo, y que algún día hará toda la ocupación y el deleite puro de los santos, como lo hace ya de los ángeles. Entre tanto que llega este día, porque mientras no llega todo es noche y obscurísima noche, para nosotros, tu nombre, oh Jesús, y tu dulce memoria sea el deseo único de toda nuestra alma; haced, bien mío, que todas las criaturas pierdan el falso atractivo que á veces nos encanta para separarnos de tí; haced que las sepamos apreciar

sólo por lo que valen; ennoblec con tu divino amor nuestros corazones; llévanos, dulce amado, en pos de tí como siguen las ovejas á su cariñoso pastor; date á conocer á nosotros en alguna manera, y luego nuestras almas te habrán de seguir, porque son tuyas, y en viéndote correrán desaladas en seguimiento tuyo. ¡Qué grandeza, qué gozo, qué dulzura, qué paz y qué suave tranquilidad la de los que te aman! Benditos sean tus dichosos amantes, y maldito mil veces el corazón de fiera que después de saber cuán amable eres, oh Jesús amado, todavía no te quiere amar: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

JESÚS EN EL DESIERTO

Jesus autem plenus Spiritu Sancto regressus est á Jordane, et agebatur á Spiritu in desertum.

Mas Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fué llevado por el Espíritu al desierto.

(S. LUCAS, c. 4, v. 1.)

Cuanto mayores eran, hermanos míos, las distinciones y favores que Dios Padre otorgaba á su amado Hijo, tanto más grandes eran también la sumisión y constancia de Jesús en los trabajos y penalidades que exigía de él. Y como el Hijo predilecto del Altísimo estaba lleno del espíritu de Dios, jamás resistió á sus indicaciones.

La primera que recibió después de su bautismo fué para retirarse al desierto y vivir allí algún tiempo, alejado de toda comunicación con los hombres; indicóle que pasara en la soledad los días y las noches, entregado á la meditación y al ayuno; que permitiera que el demonio le tentase, es decir, que sondase por medio de diferentes ataques si él era verdaderamente Hijo de Dios. Quiso Jesús que viviésemos en su persona un pontífice triunfador en los combates de

todo género á que nosotros mismos estamos expuestos, un jefe que nos enseñara á no temerlos, y un maestro que nos aleccionara en el manejo de las armas santas, con cuyo empleo es segura la victoria.

Apenas el Espíritu Santo hubo impreso en el alma de Jesús el sentimiento interior que le advertía de la voluntad de su Padre, cuando aquella alma obedientísima se dispuso á ejecutarla. Buscó, pues, la soledad más profunda, un desierto espantoso donde no tenía otra compañía que la de las bestias: *Et erat in deserto quadraginta diebus et quadraginta noctibus: et erat cum bestiis.* La obra de la misión divina de Jesús iba á empezar, y no se retiró al desierto sino para tomar, en la práctica de la oración continua y de la penitencia más austera, nuevas fuerzas para los próximos combates y para las grandes cosas que iba á emprender. De su estancia en el desierto nada sabemos sino que ayunó allí y que fué tentado. Los santos evangelistas aseguran sólo que Jesús no comió durante todo aquel tiempo, y que allí estuvo en medio de los animales salvajes. Dejan á nuestra consideración cuánto habrá tenido que sufrir de la lluvia, de la nieve, del frío, en una estación tan rigurosa, es decir, en los meses de enero y febrero, careciendo de techo bajo que guarecerse, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, durmiendo sobre la dura tierra, andando por entre guijarros y espinas, castigando, en una palabra, su cuerpo inocente con mil y mil penalidades que no había merecido, y no permitiendo á las criaturas que llevarán el menor consuelo á su criador.

De esta suerte el ayuno de Jesús fué acompañado de innumerables sufrimientos que abatían su cuerpo, mientras su espíritu estaba unido á Dios por una oración continua. En su deseo de satisfacer por nosotros á la divina justicia, Jesús no conservó de las fuerzas corporales más que las indispensables para orar y para sufrir, hasta el punto de que el hambre y la sed, creciendo de día en día, le hubieran quitado la vida, á no estar ésta sostenida por la virtud divina que le reservaba para sufrimientos incomparablemente más grandes.

Esta conducta del Salvador es una maravillosa instrucción para nosotros.

Reflexionemos por algunos momentos sobre la misma, hermanos míos, á fin de sacar importantísimos documentos para nuestro provecho espiritual. *Ave María.*

Al retirarse Jesucristo, hermanos míos, al desierto, ha querido enseñarnos dos grandes verdades. En primer lugar, cuán grande es la importancia de la salvación de las almas, ya que no quiso dedi-

carse á trabajar en ella sino después de aplacar la justa cólera del Padre Eterno con un ayuno de cuarenta días, y de atraer con continuadas súplicas las bendiciones celestiales sobre su doctrina y trabajos. Jesucristo podía ser indiferente á nuestra salvación ó á nuestra perdición, puesto que él era santo, grande, eterno y dichoso sin nosotros. Pero, una vez encargado de nuestra reconciliación con Dios, su caridad infinita nada ha olvidado para consumar la obra; y como todo nuestro bien, toda nuestra felicidad, depende de la salvación de nuestra alma, ha procurado enseñarnos con su ejemplo cuánto es conducente al logro de este supremo fin. Quiso que nuestra salvación fuese la regla y el objeto de todas nuestras aspiraciones, y cualquier cosa que de la eterna salvación pueda apartarnos, le es, por esto mismo, desagradable. Nosotros, empero, somos tan miserables, que vivimos en el olvido de deber tan importante, ó lo consideramos como un asunto de poca monta, aunque Jesucristo nos dice: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si llega á perder su alma?» y nos refiere el fin desgraciado de un rico del siglo, el cual, no pensando más que en aumentar sus tesoros, y olvidándose de su salvación, oyó una voz del cielo que le dijo: «¡Insensato! esta noche se te pedirá cuenta de tu alma, y ¿para quién será toda la riqueza que has reunido?» y añade Jesús: «He ahí lo que sucede al hombre que atesora para sí mismo, y que no es rico en Dios.»

Sois, pues, unos insensatos ante el juicio de la sabiduría eterna, vosotros, reyes, grandes de la tierra, magistrados, sois unos insensatos, vosotros, ricos, pobres, comerciantes, artistas, sois unos insensatos, si abrumados por los cuidados de esta vida, descuidáis vuestra salvación eterna. ¿De qué os servirá estar llenos de los tesoros de la tierra, si estáis vacíos de los tesoros del cielo? Perderéis los unos y los otros. Los bienes perecederos os abandonarán bien pronto, y entonces os hallaréis también privados de los bienes eternos. La segunda verdad que Jesucristo nos enseña retirándose al desierto y ayunando allí, es la obligación de la penitencia y la forma en que debemos practicar el ayuno, para que sea medicina eficaz á los males de nuestra alma. Un siervo de Dios ha dicho que ayunar y pecar es imitar al demonio, el cual es siempre malo y no come jamás. El ayuno de Nuestro Señor iba acompañado de la oración y de la soledad. Así reprueba la sagrada Escritura el ayuno que va unido á obras viciosas, á inclinaciones contrarias á la ley de Dios. El ayuno por sí solo no arranca los vicios del alma ni planta en ella las virtudes; de nada sirve á los ojos de Dios, si no va unido al espíritu de penitencia que aborrece el pecado y hace toda clase de

esfuerzos para evitarlo. El ayuno más agradable á Dios es la abstinencia de todo lo que pueda dañar al alma.

Habiendo Jesucristo pasado cuarenta días sin comer, hallábase su humanidad santa tan debilitada, que el demonio creyó ser aquella ocasión muy propicia para tentarle sin darse á conocer; porque el ordinario artificio del demonio es buscar los momentos favorables para seducir á los hombres, bien sea con la apariencia de una buena acción, bien con un pretexto de necesidad, bien con la esperanza de evitar un mal mayor si hay en lo que sugiere pecado manifiesto. Pero no suele el demonio apelar á engaños ni á la violencia en aquellos á quienes el vicio ha entregado á su poder; estos tales no se le resisten; le conceden cuanto desca. Así es que, hablando con propiedad, sólo los que resisten son tentados. Para enseñanza de éstos se ha dignado el Señor dejarse tentar con tantos artificios; sin esta circunstancia, es muy posible que el Salvador no hubiera sufrido siquiera que criatura tan odiosa se le acercara, y mucho menos que osara tentarle. Mas, como Jesús se había ofrecido á soportar, para nuestra salvación, todos los males que sin pecado pueden soportarse, no ha querido eximirse tampoco de la tentación, que es la pena más peligrosa, ni que nosotros pudiéramos lamentarnos de que, habiéndose hecho partícipe de todos nuestros trabajos, nos hubiera abandonado únicamente en éste. Por esto ocultó al ángel de las tinieblas, no sólo su divinidad, sino también la gloria de su alma celestial, pues de no haberlo así hecho, de haberle el demonio conocido, jamás le hubiera atacado, sabiendo, como sabe, que los espíritus celestes no pueden ser seducidos. A decir verdad, el demonio sospechaba en Jesús algo de divino, y esta misma sospecha le inspiró el deseo de conocer la verdad.

Satán se presentó, pues, al Salvador, tomando la apariencia de habitante de aquellas soledades, y se sirvió del hambre y del abatimiento en que veía á Jesucristo para abordarle y aparecer ante él como compadecido de sus sufrimientos. Representóle que aquel que había hecho salir de la roca viva un fuerte caudal de agua para mitigar la sed de su pueblo, haría también, si se lo pedía, que las piedras del desierto se trocaran en pan, para aplacar el hambre de su hijo. Nada omitió el tentador para ocultar quién era, imitar al hombre caritativo y dar, de esta suerte, autoridad á sus consejos. El objeto del demonio era incitar á Jesús á exagerar su confianza en Dios y hacerle presuntuoso, insinuándole que, después de un ayuno tan prolongado y riguroso, bien merecía que se hiciera un milagro en obsequio suyo para alimentarle. La tentación era demasiado fina y

perigosísima, además, en aquella coyuntura. Dijo, pues, el demonio á Jesús: «Haz que estas piedras se conviertan en pan.» Pero Jesús inutilizó todo aquel artificio. Nada, sin duda, le hubiera sido más fácil que realizar el milagro que se le indicaba para sostener su santa humanidad, como hizo otros muchos en beneficio de los que recurrían á él en sus necesidades; pero, para contrariar por completo los deseos del demonio, limitóse á contestarle: «No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Vencido el demonio por esta respuesta, hizo otra tentativa. Transportó á Jesucristo, dice el Evangelio, á la ciudad santa y le colocó sobre la cúpula del templo; alabóle la confianza en Dios de que acababa de dar pruebas, y le exhortó á perseverar en ella, diciéndole que los servidores de Dios nada tenían que temer, que ningún mal podía sucederles, porque estaba escrito: El ha encomendado á los ángeles vuestra custodia y dirección; en manos de ellos seréis llevado sin peligro; que, por tanto, podía arrojarse sin recelo desde lo alto del templo, pues los ángeles le sostendrían en su caída. El designio del demonio en esta tentación era inspirar á Jesús la estimación de sí mismo y la confianza en su propia virtud, é inducirle á que hiciera de ellas temerario empleo, en ocasión en que no redundaban en gloria alguna de Dios, antes, al contrario, tentaban su poder. Jesucristo confundió segunda vez al demonio diciéndole: «También está escrito: No tentareis al Señor, vuestro Dios.»

Entonces Satán, lleno de rabia y orgullo, arrojó la careta, y todo el disimulo que hasta allí había empleado trocose en insolencia. Transportó nuevamente á Jesús á la cumbre de una elevadísima montaña, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, cuyo brillo y gloria encareció, le dijo: «Todo esto te daré si, prosternándote, me adoras. Yo soy el dueño de cuanto ves; nadie más digno que tú de poseerlo; y no es justo que siendo tú capaz de gobernar el universo, permanezcas en la obscuridad y la miseria.» El demonio pretendía con esto inspirar á Jesús un movimiento de orgullo. Pero el Hijo de Dios no quiso sufrir ya por más tiempo la insolencia del espíritu de las tinieblas; mandóle, pues, que se alejara, diciéndole: «Retírate, Satán, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios; y á él solo servirás.» El demonio se retiró anonadado; los ángeles del Señor acudieron á Jesús y le sirvieron.

Los santos doctores comparan las tentaciones del Salvador en el desierto á las de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y dicen que Jesucristo fué, primero, tentado por la gula, para expiar la de Adán, que tantos males atrajo sobre la humanidad; después,

por la vanagloria, para reparar el deseo concebido por Eva de hacerse semejante á Dios, y, por último, por la idolatría y la avaricia, para remediar estos dos grandes males que habían corrompido el universo entero. Añaden que las palabras de que se sirvió Jesucristo para resistir al demonio, son armas poderosísimas para vencer toda tentación. Estas palabras demuéstrannos claramente cuán eficaz es una voluntad firme y decidida para destruir las asechanzas de un enemigo que sólo puede vencernos cuando de nuestra voluntad logra apoderarse. Así emplea él tantos artificios para ganarla. Empieza por pedir que se le escuche; luego nos seduce con los pensamientos que nos sugiere, y nos hace saborear de antemano el placer que nos proporcionará si somos dóciles á la sugestión. Llegados á este punto, es mucho más difícil resistir á la tentación. Las fuerzas del alma se debilitan poco á poco; la vista y el respeto que debemos á Dios, siempre presente, desaparecen; la voluntad consiente al fin por completo, y el demonio no nos abandona ya hasta que el pecado queda consumado. La experiencia, el gusto del primer pecado, nos hace desear otros con mayor ardor; los actos reiterados de pecar forman el hábito, el hábito constituye esa cadena tan difícil de romper, de la cual se sirve el demonio para arrastrarnos al infierno. Pero cuando encuentra una voluntad decidida á combatirle, sorda á sus primeras sugestiónes, que desde un principio le rechaza con valor, este artero enemigo cede el campo y no triunfa jamás.

Aprended, pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesucristo, que la tentación no puede hacer sucumbir más que á aquel que no tiene la firme resolución de no abandonar á Dios. Que este Ser, infinitamente justo y fiel á sus promesas, no permite jamás que seamos tentados más allá de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; que El sostiene siempre con su gracia á quien se la pide con humildad; que son inexcusables los que se dejan vencer por un enemigo desarmado; los que le facilitan contra sí mismos las armas que Jesucristo les había dado para vencerle; los que, con su caída, proporcionan el triunfo á Satanás; los que abandonan, en fin, los bienes eternos que Jesucristo les ha conquistado á costa de todas sus humillaciones y de toda su sangre, por nosotros derramada. Dios os preserve, por su gracia, hermanos míos, de semejante desdicha. Así sea.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Tunc Jesus ductus est in desertum á spiritu, ut tentaretur á diabolo.
Entonces fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.

(MATH. 4, 1.)

Fuése el demonio al desierto á tentar á nuestro Señor, atacándole por la gula, la vanagloria y la ambición, escollos, todos tres, harto temibles, aun para los solitarios que viven apartados del mundo. Pero Jesucristo, triunfador del demonio en estos tres combates, les da la fuerza necesaria para resistir con su ejemplo, y la seguridad de vencer con el auxilio de su gracia. Si imitamos la virtud de Jesucristo, no debe espantarnos este enemigo, porque sólo tiene fuerzas contra los que son débiles y flojos en el cumplimiento de los mandamientos divinos. La resolución de un solitario generoso desconcierta al enemigo, su resistencia le pone en fuga, sus supercherías y artificios no producen efecto alguno contra el alma que se abroquele con el escudo de la fe, se revista de la coraza de la justicia y esgrima la espada de la palabra divina, según expresión del Apóstol. Tomemos sus armas, sigamos á nuestro jefe á quien el Espíritu Santo conduce á la liza, *Ductus a Spiritu*. Los ángeles vienen á coronarle, *Angeli acciserunt*. Aprendamos de él la táctica de combatir á nuestro enemigo, para vencerle con él. Rechaza los tres ataques del espíritu infernal con las tres respuestas diferentes que vamos á desarrollar para nuestra instrucción. *Ave Maria*.

El demonio lleva siempre consigo tres desdichadas sugestiónes, de las cuales se sirve para devorar la mayor parte de los hombres. Son aquellas las tres raíces de todos los pecados, de las cuales habla San Juan en su epístola: la concupiscencia de la carne, que es la voluptuosidad; la concupiscencia de la vista, que es la avaricia; la so-